

**LOS NEXOS ENTRE INMIGRACIÓN Y CRISIS FRENTE AL PODER DE LA LENGUA**  
**Inicios y actualidad de la interrogación sociológica por la literatura**  
**en Ernesto Quesada y Horacio González**

*Nicolás Herrera*  
*Universidad Nacional de La Plata (Argentina)*  
*herreranicolas@hotmail.com*

**Resumen**

El ensayo aborda algunas líneas de la tensionada relación entre ciencia y arte, al enfocar particularmente algunos nexos entre la sociología y la literatura. Al interior de esta interrogación, la mirada se centra en los modos y alcances con los que Ernesto Quesada y Horacio González se acercaron, desde la sociología, al hecho literario. El primero abordando documentariamente las relaciones entre inmigración y crisis bursátil bajo el influjo de la novela moralista de fines de siglo XIX; mientras que González se centrará en la lengua de Arlt y su capacidad de anunciar los siempre delirantes planes de la política. Bajo esta tónica de interrogación, el problema del anclaje epocal que cada uno de ellos haga del hecho literario, se volverá central como línea argumentativa del texto aquí presentado.

**Palabras clave:** Sociología, Literatura, Inmigración, Crisis, Lengua, Poder, Ernesto Quesada, Horacio González.

**Tensiones entre ciencia y arte**

En los orígenes del discurrir académico de la sociología nacional, la pregunta por la relación entre ciencia y arte no podía ser desvinculada de la discusión acerca del estatus científico de la sociología. Aquellos que como Groussac o Cané encarnaban la cultura literaria y estética nacional de fines del siglo XIX y comienzos del XX, enriquecían una polémica en el campo intelectual argentino enfrentados a pensadores ligados al cientificismo positivista de la talla de Ernesto Quesada. Asimismo, las formulaciones de Ingenieros y Ramos Mejía en torno a la conveniencia de no escindir el lenguaje de la ciencia del lenguaje de la novela llamada “naturalista”, sumaban diversas dimensiones a un debate crucial en el pensamiento de la época.

Mientras Groussac afirmaba que el nivel de certeza de las ciencias históricas no era aún “el de necesidad y certidumbre, sino el de contingencia y verosimilitud” dando lugar a construcciones como las de la antropología positivista que “se compone de afirmaciones gratuitas en lo principal, y de coincidencias vagas, sin precisión ni eficacia, en lo accesorio”; Cané se mostraba escéptico ante la posibilidad de encausar la construcción de un saber sociológico fundado sobre los cánones de la ciencia moderna. Este último apelaba a la falta de consenso entre quienes cultivaban las disciplinas sociales para instituir una crítica no menos carente de cinismo que la expuesta por Groussac. Opinaba que si se le encargase a veinte idóneos profesores de sociología la preparación de un programa de la materia, “tengo la seguridad que presentarán veinte programas diferentes”, en tanto que entre veinte profesores de geometría, “no habrá uno solo que se atreva a calumniar a la hipotenusa, atribuyéndole costumbres que no tiene”. Así, según Cané difícilmente pueda decirse “sociología en el mismo sentido que se dice álgebra o mecánica”. Los dardos de Cané, hundiéndose

en las zonas más sensibles de la científicidad sociológica nacional, acertaban burlescamente: “Estudieemos la vida de los hombres en sociedad como estudiamos la vida de las abejas en la colmena: son contribuciones a la gran síntesis futura. Pero no creamos que, si se nos llena la boca con palabras, conseguiremos llenar el cerebro de ideas”.

Aun así el credo iluminista en el progreso del hombre a través del avance del saber, sumado al gran impulso positivista, hizo del desarrollo de una interrogación sobre lo social una ciencia como tantas otras. Si desde la cultura estética y literaria, Groussac y Cané cuestionaban la capacidad de la interrogación sociológica de volverse ciencia; Ingenieros y Quesada no dudaban de ello. Sin embargo, estos pensadores ligados al positivismo nacional no veían la necesidad de alejar al arte de la interrogación social para que ésta se asiente sobre las bases de la ciencia moderna. Hacia 1902 Ingenieros escribe un estudio sobre *Libro extraño*, novela del médico Francisco Sicardi, defendiendo la necesidad de un compromiso literario en la práctica de las ciencias, donde ciencia, arte y filosofía constituirían esferas no autónomas unas de otras, sino articuladas bajo la consigna de una “nueva crítica”. Un poco antes, Ernesto Quesada publicaba *Dos novelas sociológicas*, texto en donde aborda el nexo entre novela y sociología bajo una óptica, que separándose de la de Ingenieros en cuanto creía que la subjetividad del artista podía interferir en la necesaria objetividad del cientista, no excluía la aceptación de “sensibilidades comunes” entre literatura y sociología.

Así las cosas, vemos que la discusión sobre el estatus científico de la sociología se encontraba desde los inicios académicos de nuestra disciplina tensionada por la relación entre arte y ciencia. En la actualidad, el aparente acuerdo académico que existe sobre el estatus científico de la sociología parece haber suturado algunos de los viejos cuestionamientos epistemológicos sobre este saber. Sin embargo, el fondo último de aquellas interrogaciones ha dejado abierto el camino a una discusión entre tradiciones sociológicas tantas veces enfrentadas. Me refiero a la ya centenaria disputa al interior de la sociología entre “cientificismo” y “ensayismo”. Disputas que no hacen más que reintroducir en nuestra cotidianeidad la polémica entre ciencia y arte. La vulgarización coyuntural, que muchas veces encontramos al interior del debate académico actual en torno al lugar del arte en las ciencias sociales modernas, parece polarizar posturas dicotómicas entre aquellos ligados al “cientificismo” –quienes no encontrarían relevancia sociológica en la pregunta por el arte (olvidando los inicios de dicho nexo)– y aquellos “ensayistas” que se arrojarían la pertenencia de dicha pregunta como lugar fundante de su ser.

Este trabajo, de carácter ensayístico, se plantea con nombres propios la hipótesis acerca de que la interrogación sociológica por la obra literaria no es propiedad de banderismo sociológico alguno (si existiesen como tales) sino de la sociología misma. De ello darán cuenta los testimonios de Ernesto Quesada y Horacio González, sociólogos argentinos que abordaron la interrogación por el arte desde dos tradiciones sociológicas a quienes hoy se enfrenta por sus focos, medios, fundamentos y formas de interrogación; pero que aquí encontraremos unidas por una misma preocupación que nos muestra un origen y una actualidad en común: la relación entre sociología y literatura.

**Sobre la temporalidad de la obra literaria: entre un anclaje epocal y el calado a la historia**

Antes de introducirnos en el análisis sociológico que ambos autores hacen de las obras literarias que interrogan, nos parece imprescindible formularnos las siguientes preguntas: ¿bajo qué criterio temporal analizan estos autores el hecho literario? ¿La obra tiene un tiempo epocal al que quedaría circunscripta documentariamente, o al revelar un ser intemporal del hombre, ésta no puede ser anclada a época alguna, sino a todas?

Digámoslo sin mayores preámbulos: mientras el mérito que Quesada encuentra en las obras literarias que aborda está en ser ellas “documento epocal” a interrogar sociológicamente; González orientará su mirada en otro sentido. Quesada ve en la novela un documento que logra dar cuenta del modo en el que ciertas configuraciones sociales se daban en ese tiempo y lugar histórico en el que la obra se escribe y describe. La obra, al estar anclada a la época que aborda, no se plantearía condiciones de universalidad ni trascendencia epocal, sería nada más ni nada menos, un documento de época. En cambio, para González el abordaje sociológico de la obra literaria está centrado en la descripción de una cualidad inmanente del hombre en sociedad, que como tal no puede ser reducida a un momento histórico determinado y quedar encerrada en las cuadrículas del almanaque. Así, la literatura vendría a colocarse en el lugar de quien recuerda algo siempre habido entre nosotros que no dejará de actualizarse en la historia.

Ambas lecturas sociológicas parecen enfrentarse en la localización espacio-temporal que del hecho literario hacen: si el foco de interrogación sociológica de Quesada está puesto en la descripción documentada que la literatura de época hizo sobre *la crisis bursátil argentina de 1890*, el foco de González será una de aquellas cualidades humanas que nos constituyen culturalmente: *el ejercicio político del poder*.

Oigamos el punto, y el tono, de este diferencial analítico. Dice Quesada,

“La sociedad argentina tuvo en aquel entonces un carácter definido y típico. ¿Presentan estos libros una pintura exacta de aquel estado de cosas? ¿Podrán en un futuro más o menos lejano servir como documento literario fidedigno para que por sus páginas se juzgue a la sociedad del país en aquella época?

¿No será acaso esta clase de libros tachada de manifiesta parcialidad y tendrá por ende que prescindir de ella en definitiva la Historia? Por el contrario, la pasión misma que los ha creado (...) les comunica cierta palpación de vida que los recomendará como documentos para el futuro historiador” (Quesada, E. 1892).

La utilización repetida de la palabra *documento* intercalada con la de *época* da cuenta, junto a la aceptación de Quesada por la utilidad analítica de dichos escritos, de ese anclaje histórico al que anteriormente hacía mención. Oigamos la opinión de González en torno a la adscripción epocal del hecho literario, que sin ser dialéctica o circular da cuenta de la repetición en la historia.

“Siendo así, la *literatura de anunciación* prepara el camino de su verificación en cada época que se sitúan sus lectores y al mismo tiempo tranquiliza diciendo que si las ruinas se hacen cíclicas o periódicas, es porque son una ruina domeñable y en el fondo amistosa (...) De este modo, lo que hay que explicar no es la facultad profética de Arlt sino por qué permanece como lectura viva a pesar de que su profecía está preparada desde el comienzo para derramar su eficacia, época tras época” (González, H. 2006).

Dos modos disímiles de la interrogación sociológica por el arte. Una fijada en el documento histórico que da cuenta de un contexto de época, y otra que cala la historicidad del *escritor y su época* al dar cuenta de un rasgo diferencial del desenvolvimiento humano en sociedad. Mientras el documento en Quesada vendría a reflejar una historia ya ocurrida, la literatura de anunciación en González daría cuenta de una profecía siempre actualizada en la historia. Si para Quesada la obra literaria describe *un rasgo de la historia social* en el discurrir humano, para González la obra literaria da cuenta de *un rasgo humano* en el discurrir histórico-social. Sin más: para uno *la crisis financiera de 1890*, para el otro *la política como manifestación del poder*.

### **Ernesto Quesada: el cientificismo académico contra el moralismo de la literatura**

La década de 1880 encontrará en la Argentina a un Ernesto Quesada que, luego de recorrer el mundo siguiendo los pasos diplomáticos de su padre, regresará a nuestras tierras integrándose rápidamente al famoso “banquete de los incondicionales” que resultó políticamente afín al régimen estatal de Juárez Celman. La sociedad argentina que encuentra se muestra totalmente atrasada, encerrando solo un rasgo y símbolo de modernidad en su metrópoli, Buenos Aires.

La leve melancolía que invade sus escritos del momento, ante el fin de una época *tan sui generis y atrayente*, se encuentra superada por el ánimo de celebración de esa *vida* “febriciente y mareadora de esta Buenos Aires, tan *yankee* por el torbellino de sus negocios y por la atmósfera mercantil estupenda en que está revuelta” (Quesada, E. 1983). Esa Buenos Aires cosmopolita, símbolo del progreso y la modernidad, será el escenario de sucesivos y rápidos cambios de la sociedad argentina. La elite argentina a la que Quesada pertenecía veía sombríos vaticinios en los modos de vida en los que el país se encontraba envuelto por una inusitada sed de riquezas. Cané y Groussac, quienes compartían las filas de la elite nacional junto a Quesada, veían en el carácter de “factoría ultramarina” que asumía Buenos Aires, el fondo mismo de todos los males de una época en donde la llegada de infinitos barcos de ultramar, cargados de emigrantes europeos, reintroducía en sus filas viejos problemas de Estado y formación de Nación. Si las generaciones anteriores se habían planteado que para gobernar el país debían poblarlo con buenos genes europeos y civilizar la pampa; ahora dicha población ultramarina era un problema irresuelto.

Luego de una década de bonanza económica, hacia finales de 1889 la situación de la balanza de pagos de la Argentina se hizo insostenible, produciendo un crisis en cadena que alojándose primeramente en el área de las finanzas luego se trasladó a todo un sistema productivo agravado por la política estatal de emitir dinero y el afán especulativo que circulaba socialmente. El Presidente reconocía con estas palabras el desastre que causaba dicha crisis: “El crédito se encarece por demanda de capitales para el juego; no hay dinero para el comercio y la industria; todo el dinero, todos los capitales de la República son atraídos por la vorágine de la Bolsa” (Panettieri, J. 1984).

En la coyuntura de esta crisis es que en 1890 y 1891 se escriben las novelas de Julián Martel *La Bolsa. Estudio social* y *Quilito* de Carlos María Ocantos, respectivamente (1). Simultáneamente Quesada publicará en 1892 *Dos novelas sociológicas*, donde aborda los problemas suscitados por dicho paisaje sociológico mediante la interrogación de las novelas antes mencionadas. El justificativo

que Quesada encontraba para interrogar sociológicamente estas dos obras literarias no era menor; ya que según él el carácter común de estas dos novelas era haber “querido fijar en sus páginas la fisonomía fugitiva de nuestra sociedad en un momento altamente interesante y han elegido uno de aquellos instantes críticos que sirven en la época contemporánea de manifestación aguda al más grave de los problemas, la cuestión social” (Quesada, E. 1892).

Es *La Bolsa* el escenario que elegirá Martel para pintar un paisaje de época en el cual el mundo bursátil anida en su crisis financiera un drama nacional. La especulación inusitada se pliega a la conflictiva relación entre capital y trabajo que se mostraba extrañamente novedosa para la elite gobernante de un Estado de cepa liberal, que mientras no quiso interferir en el mercado de trabajo ni en el de valores, no supo regular la entrada al país de ese elemento siempre extraño y disonante; el extranjero. Para Martel el aluvión inmigratorio de fines del siglo XIX traía consigo “un cambio de paisaje, un nuevo (des)orden en la estructura social que anuncia el drama agregado de las multitudes” (2).

La contradicción que el extranjero le insumía a la pampa se resignificaba por ser él quien antiguamente fue buscado para poblarla y desinfectarla de barbarismos localistas, mientras que ahora representaba todo los males sociales de la época. El idioma materno, su cultura y su práctica militante eran vistos como inasimilables en la construcción de una nación en crisis económico-política. Ahora los buenos genes europeos se transformarían en el germen infeccioso que ponía en peligro la salud vital del cuerpo social argentino. Si el Estado era culpable por su falta de selección de inmigrantes, estos serían los responsables del desenvolvimiento de la crisis bursátil. En este sentido Miguelín, retrato no menor de la novela de Martel, dará el tono de esta contradicción al decirnos que “la inmigración nos importa grandes beneficios, pero también en lo que no tiene cabida en el viejo mundo que viene a guarecerse y a medrar entre nosotros. El Gobierno debería ocuparse de seleccionar” (Martel, J. 1979).

El nexa entre inmigrante extranjero y especulación bursátil se tejerá con maestría en la pluma de Martel al ser ellos; turcos mugrientos, charlatanes ambulantes, mendigos, bohemios idiotas, quienes diseminan la fiebre de la especulación financiera como un virus por la sociedad argentina corrompiéndola en su ser. Seres extraños, que a diferencia del poblador local, no piensan en ganar un sueldo con el sudor de su frente, sino que creen poder derrotar a ese monstruo casi mitológico en el que se ha transformado *La Bolsa*. Crítica llena de cinismo hacia el argentino ya infectó de especulación bursátil es la que Martel retratará en los dichos de otro de sus geniales personajes, el doctor Glow:

“¡Ah Bolsa, Bolsa!, ¿por qué te cruzaste en mi camino? ¿Qué mano infame te abrió a mis plantas para que me tragases con tus fauces insaciables? ¿Eres tú la misma que me prodigó millones, palacios, coches, oropeles de toda clase? ¿Para qué me los diste, si después me los habrías de quitar? ¿Es acaso tan malvada tu condición que solo me encumbras para tener el gusto de precipitar de más alto a tus favoritos en un día?” (Martel, J. 1979).

Los inmigrantes, en su doble culpabilidad (la de ser el motor de la febril especulación financiera y la degradación moral de los pobladores locales), son en la novela de Martel esos “parásitos que se llevan, en definitiva, una riqueza que nos les pertenece y a quienes nada les importa la patria en sí misma. ¿Ladrones? Tal vez” (3). Leemos en Martel una crítica muy fuerte al carácter deshonesto y apátrida de la mayoría de los negocios fundados en la especulación bursátil y de quienes los llevan a cabo, en particular los inmigrantes, ese “tipo de hombres que carecen de moral social y que solapadamente explotan todo”, volverá a decir Glow.

La velocidad en que la especulación bursátil hacía ricos a unos y pobres a casi todos mantenía un diferencial temporal enorme, que deshonraba el trabajo honesto, metódico y típico del ser nacional. Desde la perspectiva de Martel es la crisis de la estructura social misma lo que está en juego y no solo a causa de la inmigración, sino también de la movilidad social que permite la especulación bursátil. Este mismo paisaje sociológico es el que retratará Carlos María Ocantos en *Quillito*. Paisaje desolador en el que la crisis bursátil abre el drama de aquellos expulsados sociales que ven en la Bolsa la posibilidad de enriquecerse, de acceder a los círculos aristocráticos y formar parte de ellos. “Todos los días hábiles se codean (en la Bolsa) los neófitos y los iniciados en el culto del sagrado becerro, que va a prosternarse ante el ara y a consultar el oráculo” nos dirá ahora Ocantos (Ocantos, C. M. 1964).

*Quillito* escenificará la vuelta a casa del hijo pródigo, y con ello, la purificación de toda amenaza externa. Amenaza que en *La Bolsa* había apestando la sana y libre fluidez del mercado corrompiendo la moral nacional. Ambas novelas, al erigirse como fieles exponentes de la matriz moralista que dominaba la época, leían la crisis económico-social del 90 como el principio del fin, una suerte de huracán que barría toda la basura que contaminaba la limpieza de la ciudad liberal.

Para Quesada la tarea no era menor, y lejos de internarse en la matriz moralista de ambas novelas, se trataba de pensar el desafío que representaba la construcción de una estructura institucional que transformara el campo de lo social en un espacio gobernable. De allí la importancia de los problemas derivados de la inmigración masiva y los conflictos suscitados por la modernización de las estructuras sociales y económicas. Era necesario poner las cosas en claro y dar una respuesta a la conflictiva relación entre capital y trabajo que había dejado pasmadas y confundidas a las elites dominantes. Es bajo este proyecto, que Quesada abordará los sucesos de la crisis bursátil de 1890 recurriendo a la literatura de la época desde una matriz positivista spenceriana, con dejos de preocupación marxista, que no dudará en pensar el progreso social desde una lógica evolucionista en la cual las sociedades se desarrollaban conforme a leyes que les eran propias.

Con impecable capacidad para inducir al lector a recorrer su *Dos novelas sociológicas*, Quesada sintetiza el nudo problemático a interrogar.

“Casi simultáneamente han aparecido dos novelas nacionales que parecen tener el mismo objetivo: en ellas la sociedad argentina es estudiada en la faz característica de la especulación bursátil y de sus desastrosos efectos. Inspirados esos libros por un sano espíritu literario y por el evidente deseo de trazar una *pintura* verídica de nuestra sociedad, *observada con más o menos exactitud científica* en un momento dado, constituyen una manifestación interesante de vida intelectual, y rozan tan atrayentes

cuestiones sociológicas que bien merecen detener un poco la atención del *lector imparcial* (...) Sin detenernos, con todo, en la parte puramente literaria de estos libros, la gravedad de las cuestiones que suscitan: *una sociedad cosmopolita en período de transformación, sacudida de raíz por la especulación desenfrenada; los males de la plutocracia; el antagonismo del capital y el trabajo; la usura y tantas otras cosas*, todo ello es más que suficiente para provocar las meditaciones de cualquier lector, por indiferente que sea” (Quesada, E. 1892). [Cursivas mías]

Para tal tarea Quesada distinguirá países según su carácter de “nuevos” o “viejos”. Esta distinción analítica sustentada en el desarrollo histórico de las sociedades le permite encontrar ejemplos comparativos entre naciones, que lógicamente deben transcurrir la historia bajo similares leyes de evolución. Teniendo en cuenta que dicha sucesión de leyes históricas varía temporalmente y no son ellas inmutables, la Argentina deberá ser comparada analíticamente con países nuevos como los Estados Unidos y no con algunas viejas naciones europeas, ya que estas en su desarrollo obedecieron a diferentes leyes históricas.

“Los *países nuevos*, como la Argentina, obedecen en las postrimerías de este siglo decimonónico, á *leyes históricas* bastante definidas (...) por lo que respecta á su *desenvolvimiento* como nación y al *desarrollo* material del país. Esas *leyes* son radicalmente diversas de las que rigieron análogos períodos en los tiempos antiguos y hasta en los modernos, por cuya razón los pensadores europeos que de dichos fenómenos se han ocupado y ocupan, obedecen en su mayoría á criterios en absoluto inaplicables al caso actual. Pero en la época contemporánea (...) el mundo ha presenciado ya *análogo fenómeno* en los Estado Unidos de la América del Norte, y si bien la maravillosa *evolución* política, social y material de aquel país (...) aun no han terminado y no pueda por ello en rigor científico considerarse comprobadas las *leyes* que hasta ahora parecen gobernar su desarrollo, no lo es menos que dicha *evolución* está próxima á tocar á su fin, y que *sin demasiada presunción pueden darse por aceptadas algunas de las leyes históricas hasta hoy claramente definidas*” (Quesada, E. 1892).

[Cursivas mías]

Dificultados los modos de experimentación, la sociología debe anclar su cientificidad en la comparación histórica del desenvolvimiento de leyes sociales análogas en diferentes países. Y si aquí el problema era la relación entre capital y trabajo, la crisis bursátil y fundamentalmente la inmigración, no había mejor ejemplo de superación de estas disyuntivas que los Estado Unidos. El país del norte logró introducir una política inmigratoria que, junto con el reparto de la exuberante tierra, pudo asimilar una pujante población extranjera llegada desde Europa. El flujo y reflujo de personas no siguió sino la misma evolución que el caudal de dinero circulante en aquella economía tan parecida a la Argentina en su carácter especulativo. Es ella el modelo a mirar e imitar.

“Y este flujo y reflujo del dinero, en esta marea creciente y decreciente (nótese la metáfora marítima que homologa movimiento del dinero y de la naturaleza) de la especulación, junto con la formación de una ciudad colosal, quedaban en el campo de la lucha esparcidos los restos de los combatientes, á la manera de mártires del progreso,

que de su sangre surgieran nuevos luchadores, y con ese formar y sucumbir de gentes y fortunas, producir el progreso de su país, de su metrópoli, para que jamás fuera más cierto que el progreso de la patria se forma con las lágrimas y la sangre de varias generaciones de sus hijos” (Quesada, E. 1892).

La incomodidad que encierran estas líneas en el lector no le quitan por ello brillantez analítica alguna. El análisis evolucionista de Quesada nos muestra el despliegue de una sucesión de leyes históricas que repitiéndose en varios países dejan la enseñanza del camino a afrontar. Quesada sabe que en el camino, inevitable camino de evolución y progreso, las naciones deberán atravesar por fases críticas en las cuales la asimilación de nuevos contingentes humanos acarrea las mismas vicisitudes que el ingreso y egreso del dinero circulante en la economía. En dichas fases, representativas de leyes inmanentes en la historia, Quesada no encuentra culpable a la manera de Ocantos y Martel. En él no son ya los turcos mugrientos, charlatanes ambulantes, mendigos, bohemios idiotas los que diseminan la fiebre de la especulación financiera como un virus por la sociedad argentina corrompiéndola en su ser como lo eran para Martel y Ocantos.

La científicidad del análisis sociológico no puede quedar atrapada en la moralidad de la época y todo rasgo de subjetividad debe quedar aislado en el análisis objetivo del científico social. Por ello es que Quesada, en lectura cruzada con las obras literarias analizadas, deberá centrar su foco por fuera de aquellos rasgos injustificables. Sin embargo, y como ya vimos, la lectura moralista y por momentos xenófoba de aquellas obras es descartada por Quesada en pos de un análisis evolucionista en donde la ley del más fuerte (o hábil) dejará resultados muy incómodos. Riesgos inevitables del desarrollo histórico.

“...así los habitantes de los Estado Unidos han querido vivir al vapor y á la electricidad, realizar en un día la obra de años, vencer a la naturaleza, domar el tiempo. Pero esto no se hace sin cruentos sacrificios y no en baldes es *ley natural que toda acción trae consigo una reacción*: á los empujones violentos de un periodo, han sucedido las crisis terribles de otro. En esa lucha han sucumbido muchos, pero el país en definitiva ha ganado” (Quesada, E. 1892). [Cursivas mías]

A los ojos de Quesada la institución bursátil y la inmigración no poseen los rasgos degenerados y corruptos que tenían en Martel y Ocantos. Para Quesada el progreso de las sociedades modernas es inseparable de este tipo de instituciones financieras y del flujo de poblaciones, más allá de que en dicha coyuntura mostrara su momento crítico. Pero es solo eso, un momento de febril crisis a superar siguiendo el ejemplo estadounidense, en el cual demonizar a una institución como La Bolsa o a ciertos colectivos inmigratorios, solo degeneraría una evolución tan necesaria como inevitable hacia el progreso.

“Verdad es que muchos caen (en el desarrollo de la ley histórica de la evolución de las sociedades), pero también es cierto que la caída de los unos es la subida de los otros y que con ello siempre sigue ganando el país transformándose sin cesar, cubriéndose de vías férreas, de ciudades, de industrias, y de obras grandiosas” (Quesada, E. 1892).

Hay un progreso, y un costo que pagar. Quesada lo sabe y batalla entre dos frentes. A un lado, la subjetividad moralizante de inspiradoras y sociológicas novelas que es necesario desentrañar en pos

de una certera y fundada objetividad científica. Del otro, la intelectualidad contemporánea que veía en la vieja Europa la cuna de todos los modelos a pensar. Para Quesada el camino de la moralidad no era el de la ciencia; y el sendero de una europeización sin espejos americanos donde mirarse llevaría a la Argentina a una construcción política de Estado que no representase progreso alguno.

“Pues bien, la República Argentina ha comenzado ya a recorrer esa vía; se encuentra lanzada con empuje en esa dirección. Está recién en los comienzos y puede decirse que está en vísperas de renovar la marcha ascendente de su hermana del Norte. No cabe la mínima duda de que, dada la analogía de antecedentes y circunstancias, han de reproducirse igualmente análogos fenómenos, y que ellos, como es natural, han de ser regidos por idénticas leyes.

No pueden ocultarse los inconvenientes que acarrea semejante estado de cosas, pero hay que tomar la vida tal cual es y no tal cual uno la deseara. Lo que a nosotros se refiere debe, pues, estudiarse con criterio americano y aplicado éste, quizá desaparecerá gran parte del desaliento que invade a muchos. Estos, formados en su inmensa mayoría al calor de una cultura casi exclusivamente europea, se encuentran azorados ante hechos que parecen desastrosos y sin remedio a la vez, creyendo encontrarse en las vísperas de algún nuevo *año mil*, tan solo porque sufren las consecuencias de una crisis naturalísima, reacción de un período de exagerado empuje” (Quesada, E. 1892).

La inspiración que las novelas de Martel y Ocantos despiertan en Quesada se vuelve capital cuando este encuentra en ellas su talón de Aquiles: han dado por causas de todos los males a la especulación bursátil y a la inmigración, siendo estas solamente el efecto de un síntoma alentador y natural, el progreso. La lucha especulativa y financiera en el mundo bursátil no es sino la repetición de una lucha natural de una vida que deberá estar regulada por el Estado y los más capaces en la selección natural del mundo bursátil, con el fin de alejar a aquellos elementos de incauta irracionalidad que quiebran su armonía.

La científicidad sociológica propuesta por Quesada, preocupada en los conflictos sociales entre capital y trabajo, encontrará en la literatura sensibilidades comunes a interrogar. Marcar los temas comunes entre ellas, mientras se separan intenciones y estilos propios a cada una, eran tareas que aseguraban para la ciencia una palabra que no desmerecía la de los poetas y escritores cuando reclamaba analizar los sentimientos de derrumbe financiero con templanza científica y optimismo social. Comprendía perfectamente que la sociedad que le tocaba vivir estaba atravesada por sentimientos que el novelista podía calificar con destreza; pero sería el saber sociológico el que ordenaría en los adecuados anaqueles de la razón, los “estados del alma” social que acompañan el pasaje al ansiado mundo moderno descritos por aquellos.

“En nuestros días se da el nombre de neurosis a lo que Balzac llamaba, simplemente, intemperancias del deseo. La locura y el suicidio son los resultados desastrosos de ese estado de alma” (Quesada, E. 1892).

Aquí se encuentra encerrado el sentido que Quesada encontraba en la interrogación sociológica de la literatura. El científico debía *nombrar* apropiadamente esos mismos estados del alma social que ya había ensayado el artista; tarea no solo científica, sino también política. Algunos años después de la

publicación de *Dos novelas sociológicas* Quesada redactará un informe para la revista de la Universidad de Buenos Aires llamado *La sociología. Carácter científico de su enseñanza*. En él, su posición en torno al nexo indisoluble entre sociología y política quedará por demás explicitado al afirmar que la sociología era la ciencia social por excelencia que brindaba a los jóvenes universitarios el conocimiento acerca de la organización social necesario para formar “buenos ciudadanos” destinados a participar activamente en el sistema político democrático del país. La sociología era una ciencia nueva y prometedora, “pues se considera su influjo en la política nacional tan decisivo y capital como lo ha sido, respecto de la técnica que ha transformado la civilización del mundo, el de las naturales con sus descubrimientos” (Quesada, E. 1905).

Tal vez ante una crisis social y económica que se manifestaba en masivas movilizaciones obreras por las calles de Buenos Aires, ciudad desbordada de inmigrantes ultramarinos y febrilmente enferma de especulación bursátil a fines del siglo XIX, Quesada haya vislumbrado la relación constitutiva entre saber y poder. Los fundamentos evolucionistas de su cientificismo positivista parecen limpiar de toda culpa en la historia nacional a un régimen de gobierno que él apoyaba políticamente. La transformación hacia la modernidad manifestaba momentáneamente una crisis financiera naturalmente conforme a leyes históricas; allí el ojo del científico veía evolución, no revolución. Tal vez Graciela Ferrás acierte al decir que de la mano de Quesada la sociología había sido despojada de una crítica radical al capitalismo y, consecuentemente, la revolución había sido declarada imposible; tan imposible como lo era el cambio social para Cané. Ambos –dice Ferrás y suscribo– por diferentes razones, en nombre del positivismo negaron la acción transformadora de las masas; ambos consideraron que los protagonistas de las reformas sociales y políticas o la conservación de *statu quo*, eran los portadores del poder: la elite dominante legitimando a un Estado en pronta transformación. Cambios de apertura social y políticas públicas de inclusión serían prontamente analizadas por el científico social y ejecutadas por el político con un único y nuevo fin: mantener un orden social.

### **Horacio González: la locura en la lengua de Arlt**

Nos hemos repetido una misma pregunta a lo largo del texto en torno a aquello que Quesada y González encontrarían en la literatura. Un documento epocal, nos hemos respondido en Quesada mostrando su pintura de la crisis bursátil de 1890; mientras que en González anunciamos el abordaje de una cualidad inmanente al ser humano en sociedad: el poder.

González encuentra en la enferma lengua de Arlt la mejor descripción de extrañas cualidades en la política y su ejercicio del poder. La neurótica lengua arltiana encierra el fondo mismo de la paranoia política. Esa lengua irracional, fijada entre lo ficcional y lo histórico, entre el sonambulismo y el periodismo, encierra en sus metáforas y alegorías el anuncio de un ser de la política siempre actualizado en la historia. Es su literatura, aquella lengua enferma, la que logra dar cuenta de la esencia misma de un poder político siempre escondido en los augurios de la historia.

Para González “una premonición es lo que le está dado como promesa natural a la literatura. Que si logra tocar la palabra secreta de un cierto tiempo ocurrido, se sitúa en disposición de hablar para el futuro”, mostrándonos certeramente que la relevancia sociológica que encuentra en Arlt se halla

localizada en su capacidad de anunciar los planes fraudulentos de una política de dominio sin capacidad alguna de moralizar su lectura. Así, el fondo último de su relevancia no está en lo que dice, sino en el cómo lo dice. Es su modo de enunciar y anunciar la repetición histórica de los planes del poder lo que atrae al sociólogo. Según él la literatura de Arlt nos viene a decir que la política es el abismo donde se desmorona la verdad y la turbia institutriz que nos lleva a abandonar la intención recta. Que la historia es la manifestación obtusa de un pensamiento roto por su costado más pérfido y satánico. Que la vida pública es la revelación de fuerzas enigmáticas que prometen oscuras atrocidades.

“¡Pero estas lecciones ya las sospechábamos!” dice el ensayista admitiendo una premonición improbable, una creencia casi infundadamente palpable. Pero más allá de la certera descripción arltiana del poder, lo que angustia a González es la capacidad que la lengua de esa escritura tiene para encerrar un anuncio pronto a actualizarse. Leamos lo subrayado por González en la descripción que Arlt hace de la política para luego introducirnos en el problema de la lengua; el problema de las *literaturas de anunciación* como el sociólogo las llama.

Recorriendo las *Aguafuertes*, González intercala su pluma con la de Arlt mostrando los dichos de un político de profesión, un diputado que en diálogo con otro aclara:

“¿Hay algo serio en nuestra política? –Nada; absolutamente nada. Mirá,...cuanto más sinvergüenza, audaz y desalmado es un político, más lejos va (...) En el trato con centenares de interesados en distintos negocios, nos volvemos falsos, sinuosos, pérfidos, canallas. Para uno de nosotros, *salvo yo que hablo con vos*, no hay nada serio ni respetable’. Hemos remarcado –dirá González– la expresión que acabamos de escuchar de nuestro diputado: ‘*salvo yo que hablo con vos*’. Aquí debemos hablar de un plano específico de reconocimiento. ¿Qué se reconoce? Se reconoce al semejante confesional, ante el cual el mundo pierde momentáneamente su avería; el prójimo que se elige para la terrible confianza, poniéndose entre paréntesis la lucha” (González, H. 1996).

Se ha suspendido una lucha entre pares, de la cual González rescata la esencia embaucadora de una descripción política arltiana que logra dar cuenta de una misma descripción esencial del poder: la eficacia de su ejercicio no depende de la sinceridad de su acto sino del embaucamiento. ¡Pero estas lecciones ya las sospechábamos! reiterará el sociólogo sin quitarle mérito ni relevancia sociológica a la descripción de este paisaje político que encierra el poder en Arlt y se introducirá en el recurso analítico sobresaliente para describir la enfermedad embaucadora de un poder paranoico: la lengua arltiana. Para aquellas sospechas no existe la capacidad de predicción calibrada y deducida del ser razonante; ese presentimiento, esa sensación de lo ya sabido, solo se cumple al carcomer la lengua con la enfermedad mental.

“Es que la *anunciación* no puede ser menos que un *lenguaje* del desconcierto psíquico. El don de auscultar lo que vendrá perdería su capacidad de augurio si no tuviera a su servicio *una lengua* excéntrica y perturbada, en lo posible hinchada de alegorías. Las alegorías mantienen en su ritmo y su ser una propensión natural a la prefiguración de lo que será

(...) Podría decirse que Arlt despliega una visión de la política sobre la que fácilmente acertaría si la califica de tortuosa, pero lo hace en el lenguaje del caos anímico primordial” (González, H. 2006).

Así, González reclama que aquello que hay que explicar no es la facultad profética de Arlt sino por qué su literatura permanece como lectura viva a pesar de que su profecía estaba preparada desde el comienzo para derramar su eficacia, época tras época. Y por qué no estará sino en esa lengua extrañamente familiar, que es la que permite que la literatura arltiana se mantenga como lectura viva. Es esa lengua, ajenamente propia, la que nos interpela época tras época recordándonos desde la escritura misma de *Los siete locos* nuestra propia locura ocultada, cuando al volver de Témperley el Astrólogo le diga a Erdosain: “Lo que llamamos locura es la decostumbre del pensamiento de los otros; vea, si ese changador le confesara las ideas que se le ocurren, usted le encerraría en un manicomio” (Arlt, R. 1929).

Al decir de González,

“La locura es toda idea reservada de los individuos. La ‘decostumbre’ se produce cuando lo que debe permanecer en la intimidad pavorosa de los sujetos, emerge a la luz pública en estado confesional y sin las cautelas que permiten las ‘costumbres’. Todo pensamiento interno es locura; toda familiaridad es, en cambio, el ámbito en que toda locura se disimula” (González, H. 1996).

Es esa enfermedad mental con la que se escribe la literatura de Arlt y nos interpela de continuo, la que se produce entre el pensar intimista y la práctica pública. Entre lo imaginado y lo manifestado. Es ésta, aquella misma lengua excéntrica y perturbada, llena de metáforas y alegorías la que logra encerrar la posibilidad de un anuncio. La profecía de Arlt, los planes siempre delirantes de dominio en la política, no puede sino encarnarse mejor que en el Astrólogo; aquel personaje que logra en su ser vaticinar el futuro sin tener más nombre propio que ese: Astrólogo. Genialmente configurado, la capacidad de vaticinio de la astrología no encierra la certera rectitud de la ciencia. Esa profecía anunciada mediante metáforas y alegorías, será siempre manifestada por una lengua excéntrica y perturbada sin predicción calibrada y deducida. Es la lengua propia del Astrólogo la que públicamente se manifiesta quebrando las mediaciones sociales de la costumbre. Esa enfermedad mental que encubre la escritura arltiana se inscribe en los temidos espacios de una neurosis originada por el cruce siempre en tensión entre lo público y lo privado. Cuando entre ambas esferas se produce un rutilante desacople, la neurosis se manifiesta. Arlt escribe en la lengua de la neurosis dando, como decía Macedonio Fernández, *lectura loca, no locura*.

Es el temor de atravesar una lectura loca que logre dar cuenta de la lengua de una locura propia, la que nos atrae cuando leemos a Arlt. Esa neurosis siempre latente en nosotros es la lengua que Arlt mejor conoce y a través de ella nos deja al desnudo. González tiene esa certeza; es la lengua en la que se escribe la novelística arltiana el lugar fundante que anida el vaticinio anunciado y nos enrostra el saber de una comprobación incómoda; “no es nueva la comprobación de que con Roberto Arlt estamos ante *el problema* de las *literaturas de anunciación*”. Arlt viene a erigirse como un miembro más de un grupo de escritores capaces de anunciar el porvenir, y esa capacidad –que podría ser una satisfacción a los ojos del lector– se vuelve un problema en sí mismo.

El problema de esas literaturas es su lengua porque siendo la nuestra no nos pertenece, la oímos dentro nuestro pero no la hablamos, podemos leerla, y entendiéndola existe en ella algo que difícilmente podamos explicar racionalmente. Esa escritura arltiana logra cruzar lo imaginario y lo sonambular con lo histórico y periodístico, creando alegorías y metáforas que encerrando el fondo mismo de un ser político ya sospechado, logra erigirse en lengua profética. La anunciación de la literatura de Arlt se encuentra en su capacidad de hablar la lengua de la profecía, lengua que cala a la razón desde dentro de su propio seno. El modo de construcción de personajes netamente ficcionales, con claros rasgos de anclaje históricos, se repite en un enfermizo entrecruzamiento imaginario de cualidades propias de la política. Si en primer lugar encontramos en Arlt, que los abstractos planes de dominio político y las alucinaciones despiadadas son siempre foráneos al almanaque de la historia,

“...de inmediato se nos presentan las alusiones al ‘escritor y su época’, ese año 1929, que, como un meteoro o una batalla exige una identificación bien datada. Al fin, quedamos sin saber qué partido tomar para juzgar la temporalidad de la novela. O se nos impone una recurrente impiedad que busca la salvación a través del poder, o surgen los nombres históricos con que los acontecimientos nos remiten a una alarmante profecía sobre el presente. O una antropología negativa o una alerta sobre la historia; o los visos de una moral escéptica o el esfuerzo político a una radicalizada energía ética. Porque si Arlt nos ofrece copiosamente la idea de un sonambulismo político, donde la materia a considerar es la *eterna brutalidad* de las decisiones de los poderes históricos, también nos tropezamos con una legión de nombres emanados de la crónica de la actualidad, que pueblan la novela con un *Mussolini* o un *Lenin*, noticias periodísticas de un presente espumoso y vivo. *Sonambulismo y periodismo son las dos fronteras de la historia en la novelística arltiana*. Con esto se circunscribe el territorio de una neurosis” (González, H. 1996). [Cursivas mías]

Es Arlt la neurosis de una lengua que encierra en su escritura una profecía sobre la sed de dominio en el poder, al fusionar magistralmente historia y ficción. Es esa lengua neurótica encerrada en metáforas y alegorías sobre un presente inmemorial, la que logra erigir el lamentable anuncio de vaticinios recurrentes. La relevancia sociológica de esta interrogación de Horacio González por la obra literaria de Roberto Arlt se encuentra repartida entre esos dos puntos inseparables que son su capacidad de describir el poder en toda su tortuosidad sin caer en una escritura moral, y hablar una lengua neurótica que encierre metafóricamente la anunciación de la repetición en la historia de acontecimientos de un poder siempre paranoico.

“¿Pero qué es anticipar, cuando esa anticipación queda bajo la responsabilidad de una obra literaria? Podemos responder con una afirmación y otra pregunta. Si una obra hace descansar su energía en la anulación del juicio sobre el crimen, dejándolo en estado fascinante, aunque implorando en el lector una implícita condena, se coloca ante los lectores futuros con una intacta fuente de vaticinio. Cuanto más intensa es esta exhibición de sentimientos del confín de lo humano, más habrá de ser reclamada como anaquel de profecías. ¿No es este el estado profético de una literatura lo que demuestra

que su único tema es el lazo de connivencia que establecen la política y la locura?”  
(González, H. 1996). [Cursivas mías]

### **Veredas de un mismo andar**

Ernesto Quesada y Horacio González se erigen así en dos instantes constitutivos de la pregunta por la relación entre sociología y literatura: inicios y actualidad. Quesada, defensor acérrimo de la cientificidad sociológica, encontró durante los primeros pasos académicos de este nuevo saber, que la literatura podía ser no solo una fuente de inspiración sino también un documento histórico inexpugnable del que el sociólogo debía extraer nombradamente aquello que el artista había ensayado. Por su parte, González ensaya una narrativa sociológica que logra dar cuenta de la potencia anunciatoria que la literatura nos lega al encerrar en su lengua los planes delirantes de un dominio político sin anclaje epocal. Con sus diferencias temáticas, conceptuales y epistemológicas, estos dos sociólogos nacionales han conseguido dejar en claro que la interrogación sociológica por la literatura no ha pertenecido, ni le pertenece hoy, a ninguna tradición sociológica en particular; sino que forma parte constitutiva de la sociología.

### **Notas**

- (1) Julián Martel es el alias que adopta José María Miro, cronista del diario *La Nación* en el que aparece publicada la novela durante los meses de agosto y octubre de 1890.
- (2) Molina y Vedia, Delfina. *Novela y Sociología: Ernesto Quesada, comentarista del "Ciclo de la Bolsa"*; en *Historia Crítica de la Sociología Argentina*, Horacio González Comp., Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000.
- (3) Ídem.

### **Bibliografía**

- ARLT, R.: *Los siete locos*, Buenos Aires, Claridad, 1929.
- FERRAS, G.: "La tentación de la sociología. Diálogos entre Miguel Cané y Ernesto Quesada", en *Historia Crítica de la Sociología Argentina*, Horacio González Comp., Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000.
- GONZALEZ, H.: "El problema de las literaturas de anunciación", en *Escritos en carbonilla: figuraciones, destinos, retratos*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2006.
- Art. Política y locura*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 1996.
- GONZALEZ, H. (Compilador): *Historia Crítica de la Sociología Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2000.
- MARTEL, J: *La Bolsa*, Buenos Aires, Huemul, 1979.
- NISBET, R.: *La sociología como forma de arte*. Madrid, Revista de Occidente, 1979.
- OCANTOS, C. M: *Quilito*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.
- PANETTIERI, J.: "La crisis de 1890", en *Historia Testimonial Argentina, Cuadernos vivos de nuestro pasado*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984.
- QUESADA, E.: *Dos novelas sociológicas*, Buenos Aires, Peuser, 1892.
- En torno al criollismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

“La sociología, carácter científico de su enseñanza”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1905.

## **NICOLÁS HERRERA**

Alumno de la Licenciatura en Sociología por la UNLP, adscripto alumno a la cátedra de Sociología y Literatura de dicha carrera desde el año 2008 a la fecha, investigador miembro de un proyecto de incentivos de dicha casa de altos estudios, extensionista en un proyecto de extensión universitaria por la misma institución, coordinador de la mesa de Sociología y Literatura en las Jornadas de Sociología UNLP 2008, alumno de la maestría Sociología de la Cultura y Análisis Cultural del IDAES.